

¿ES EL NIÑO NATURALMENTE SOCIABLE?

igual mella la visión de la madre que otra persona cualquiera, el padre mismo? Lo incomprensible es que no se haya dado a esta unilateralidad de tendencia, a este soma afectivo, todo el alcance que merece. La interpretación de este hecho es por demás sencilla y nítida. Sobre todo habida cuenta del momento de desarrollo físico en que se halla y del estado mental incipiente en que se mueve. ¿Puede él subvenir a sus necesidades por sí sólo? ¿Tiene medios y capacidad para ello? No será necesario indicar que se encuentra incapacitado para tanto. Y esto, a poco que se observe y medite, se verá presente en la mente infantil, y es como el motor de aquella afectividad exclusiva. Porque aparece en el aún nebuloso y semioscuro orto de su vida mental una como instintiva noción de debilidad e impotencia para vivir por sí mismo y sin ayuda ajena para la satisfacción de sus necesidades primarias. La naturaleza, obediente a la ley divina, sabia y previsor, ha puesto en la madre y el hijo aquellos instintos e inclinaciones correlativos y complementarios que permiten la dolorosa crianza y educación de éste. Y es fácil observar en el hijo que es la madre (la que lo alimenta y cuida, la que subviene amorosamente a todas sus necesidades y exigencias) el primer ser extraño hacia el que se inclina con sin igual preferencia única. Todos los demás ni le interesan ni le atraen. Son *algo* que para él no existe bajo el aspecto afectivo, y sólo lo cuenta como ajeno totalmente, como extraño alejado de sí y sin nexo de unión que lo atraiga en sus profundas e incipientes raíces vitales. ¿Se ha caído en la cuenta de lo que esto significa en relación con la tendencia social, indiscutida por todos? Porque otro

cualquier acercamiento está determinado por una razón similar a la que venimos exponiendo.¹

Posteriormente acaece que, a medida que va creciendo y desenvolviéndose, el círculo de sus necesidades e intereses se va ensanchando en forma tal que cada nueva sensación que experimenta hace nacer en él la interesada aspiración de satisfacerla, y se desplaza en el sentido social que su impulso vital va marcando. Y es preciso observar y comprobar, si queremos tener una exacta y verdadera noción de las tendencias e inclinaciones infantiles, que, en los actos de su vida de relación, adviene el niño a la sociedad exigiendo a su favor concesiones en términos desproporcionalmente mayores a los que significan las febles aportaciones que de sus aptitudes y capacidades presta a la vida social. Y aun las escasas que presenta, en relación a las que reclama, lo hace obligado por las parejas exigen-

¹ Parecen contradecir nuestras afirmaciones los experimentos que realizara con mi pequeña hija Josefina desde que tenía medio año de edad, consiguiendo que me prefiriera. Pero antes al contrario las confirman. Puestos ante ella mi esposa y yo, no tutibeaba en venir a mis brazos. La interpretación de tal preferencia es clara y sencilla. Mi esposa estaba delicada, y sólo de noche, cuando la percepción de la niña estaba enturbiada por la somnolencia, le daba el pecho; de día la alimentaba con biberón. Carecía, por consiguiente, de aquel motivo de atracción hacia la madre. En cambio, yo la tomaba en brazos, la paseaba y acariciaba sin causarle la menor molestia. Al revés que mi esposa, cuya delicadeza le impedía tales extremos, y mis otras hijas mayores que la tomaban y apretujaban besuqueándola, con las consiguientes molestias para la pequeña. Esta mayor atención por mi parte, y la percepción por la suya de mi trato afectuoso, más agradable para ella que ningún otro, era el motivo que le hacía tender hacia mí preferentemente.

No obstante, conforme iba creciendo y adquiriendo dominio del hábito de andar, el placer que experimentaba en el juego con otras niñas de su edad y mayores, hacía que fuese perdiendo intensidad aquella inclinación que la impulsaba a llorar cada vez que me veía y no la tomaba en brazos. Esto prueba que el acercamiento a otros seres va informado por el interés y no por inclinación o tendencia natural. Así, ha podido decir con justeza Robert GAUPP: "Apreciada objetivamente la afectividad resulta completamente egoísta, puesto que todos los movimientos afectivos tienen como contenido el propio dolor o placer." *Op. cit.*, pág. 67.

cias de los demás.¹ Tan es del dominio vulgar esta condición infantil que todos hemos medido alguna vez la intensidad abrumadora de su *realidad* y manifestación, pidiéndole un objeto que le interese, y que no entrega sino a cambio de recibir otro que le interese más. Y aun muchas veces, después de percibido el que le entregamos, se resiste a desprenderse del que le pedimos y quiere reservarse ambos. Esta incapacidad de desprendimiento y generosidad, es decir, de aportaciones desinteresadas, se prolonga, en tesis general, a través de la vida posterior del adulto; y cuando por raro y excepcional incumplimiento de esta regla hay un individuo que contribuye de modo desinteresado a una acción beneficiosa para sus semejantes, le aplicamos el glorioso adjetivo de ALTRUISTA.²

Henos aquí ahora ante el contraste que supone el sentimiento de recíprocos servicios y aportaciones que reclama el puro vivir en sociedad, por nativa inclinación ineludible, y el egocentrismo que aparece en su relación con el conjunto total humano,³ predominante y absorbente en todas las intervenciones del individuo. Ello prueba el escaso tesoro de sus renunciaciones voluntarias y el abundoso porcentaje de sus desmesuradas exigencias. Así sucede —como ya queda apuntado—

¹ Compárese las apetencias de apoderarse de todo cuanto le agrada e interesa con cuanto cede voluntariamente.

² "Desarrollar los sentimientos altruistas y sociales es, en gran parte, sublimar tendencias egoístas y más primitivas." CLAPARÈDE: *Psicología de los niños y pedagogía experimental*, pág. 107.

³ Trascendiendo a la esfera intelectual este sentimiento interesado del niño y considerándolo como el gran propulsor de la actividad infantil y las acciones humanas todas, ideó y planeó el insigne Decroly su famoso método pedagógico, hoy tan en boga, de los "Centros de interés".

que, al ampliarse el círculo de vida del niño, su psicología va marcando matices y expresiones cada vez más agudas y extensas, respectivamente, *bacia sí* en consonancia con las modalidades peculiares de sus apetencias, sin que la inclinación a la *sociabilidad* aparezca en ninguna de sus manifestaciones más nimias.

Por modo sumamente lógico, este acusado vivir indiferente a todo cuanto no sea él o le interese de alguna manera, es decir, *refluído a sí mismo*, trae a clara comprensión un dato, ahora incontrovertible e incuestionable: nos referimos al *sentimiento de propiedad*, que nace, por modo irrefutable, del más íntimo estrato de la personalidad humana. No es obvio pensar ni cosa baladí tener en cuenta, que aquél, en contraste y oposición, en determinados aspectos, con la tendencia social, es el adversario más fuerte que el sentimiento de solidaridad halla en las vivencias éticas. *Aquirir y poseer es así una necesidad más imprescindible de lo que a primera vista parece.*¹ En cambio, no se presenta con igual grado de apremio, como cabría esperar de dicha tendencia, la inclinación a desprenderse, en favor del prójimo, de algo que pueda ser útil para satisfacer las necesidades próximas o remotas del vivir cotidiano.

¹ Bajo el punto de vista de la libertad cabe pensar si no es contrario a esta condición del hombre, como asimismo a la dignidad personal, el que se halle privado de propiedad, es decir, que carezca de lo más indispensable para el desenvolvimiento, por lo menos, de ciertas y menudas actividades.

INTERPRETACION PSICOLOGICA

SI al niño —ya en posesión y uso de la totalidad de las facultades o atributos del alma— lo situamos ante un hecho cualquiera que para el adulto representa oposición o conflicto ante las apetencias individuales y las normas que impone el vivir en sociedad, y le dejamos actuar libremente, vemos que se inclina unánimemente a una decisión reclamada por las primeras. La generalidad de tal decisión no ha sido todavía estudiada, y menos aún interpretada en su honda significación. Lo primero que vemos es que el niño se sale —mejor dicho, las repudia— de tales normas mediante dos sentimientos que irrumpen avasalladores y desafortunados en el ámbito de su actuar. Nos referimos al *egoísmo* y al *afán de dominio*¹ en sus distintas formas. Los dos que claman más fuerte y enérgicamente por el derecho de la individualidad humana. Son así como el *sustratum* y motor de toda la vida psicológica del niño. Cualquier maestro, por poco observador que sea, habrá

¹ La conjugación de ambas forma lo que llamo el "afán de personalidad", que por tales dos caminos se manifiesta bifurcado. Llamo así a la necesidad que experimenta el espíritu humano, para su propio cometido y finalidad, de definirse y destacarse entre todo cuanto le rodea como individualidad independiente, como unidad no sometida a la uniciformidad. Hasta tal punto que si aplicamos el análisis factorial a las actividades psicofísicas afectivo-emocionales, descubrimos que el factor "g", común y fundamental, es el referido "afán de personalidad", y que los factores "s" refuerzan o debilitan a aquél, dependiendo en no poco de las circunstancias psíquicas en que el ser se encuentra y de las físicas y ambientales en que se desenvuelve. Como asimismo que el factor "g" puede reconocerse, sobre su fondo general, con intensidad y eficacia variables en consonancia con la tosquedad o exquisitez de cada individuo.

Corroboramos así el acierto de SPEARMAN con su teoría de los dos factores, que aceptamos como válida en esta dirección.

visto qué magnífica y exhuberante floración de tales sentimientos hay constantemente en su clase.

La psicología contemporánea, que tan importantes trabajos lleva realizados en relación con el conocimiento del sujeto psicológico, no se ha fijado en los motivos y significación de aquella decisión unánime, y ha dejado escapar, por tanto, la propiedad acaso más interesante para su conocimiento integral. Es raro que haya así sucedido, sobre todo en las llamadas psicología *de la estructura* y *de la conducta-behaviorismo*.¹ Sus descubrimientos y afirmaciones, orientados en la primera al aspecto individual íntimo (considerada el alma como unidad en el conjunto de sus manifestaciones y procesos) y en la segunda a la expresión exterior de tales procesos que es, para ella, lo interesante, han descuidado la estrecha trabazón de ambos fenómenos, no consiguiendo en su exclusivismo captar la síntesis de ambos aspectos, sus mutuas dependencias y su significación relacional que son, en vigor, lo más valioso para la interpretación del comportarse en el mundo. No obstante es innegable que han contribuído con sus estudios al progreso de la técnica educativa y al advenimiento de las nuevas orientaciones en ese campo de actividades; pero sus aportaciones sobre el sujeto psicológico son fragmentarias, superficiales e incompletas. Conocen sí, "pedazos" de la unidad total que

¹ No es menos raro también en la escuela *psicoanalítica* creada por FREUD, y de la que es rama importante la seguida por su discípulo ADLER. Este caló hondo en el alma infantil, pero sufrió el vértigo de su descubrimiento del *sentimiento de insuficiencia*, y a él conformó todas sus investigaciones con un criterio médico de la educación. Halló, por otra parte, la compensación de aquel sentimiento en el *afán de dominio*; pero no pudo sustraerse, ante el hecho indiscutible de la vida social, del gran error de admitir como cualidad innata del espíritu humano el sentimiento de comunidad.

es aquél, pero no la raíz íntima que informa todo su *ser* y *actuar*. En rigor, la interpretación de dicho fenómeno no interesa tanto a la psicología, reclusa en el círculo propio de sus estudios, como a la pedagogía. Aquella puede contentarse con el simple hallazgo de cualidades psíquicas y del momento de su aparición y funcionamiento; no así ésta, que precisa conocerlo e interpretarlo en su hondo fundamento emotivo para que su intervención educadora tenga bases seguras y eficientes. Sin embargo, es a la psicología a la que compete, en primer término, descubrir la razón primaria del reaccionar del niño ante los estímulos externos e internos, si cabe, en pureza, hacer esta distinción. La pedagogía ha de reclamar incesantemente a la psicología el cumplimiento de tal obligación ineludible.

La primera y más destacada perplejidad que se presenta al pensar psicológico, después de reconocidos los dos sentimientos —egoísmo y afán de dominio— que aparecen preponderantes impulsores del actuar infantil, es cómo puede el niño sentir la inclinación o tendencia a comportarse con vivencias sociales. Esta dificultad no puede resolverla de manera superficial y caprichosa. Ha de ver que, lógicamente, hay en ello un fuerte contraste cuya solución no puede hallarse en el absurdo de admitir que aquella tendencia pueda darse como natural y espontánea eclosión en la psiquis. Porque tal disposición significaría, originariamente, merma de las aspiraciones e impulsos vitales. Es decir sería obstáculo decisivo para la satisfacción de las apetencias primarias del ser en función de

crecimiento y desarrollo, y rotundo mentis de la incuestionable estructura psíquica que aquellos sentimientos señalan. Pero dicha dificultad es fácilmente reducida y superada si el pensar psicológico se libera de prejuicios y de *ideas hechas*. Entonces ve claro el fondo de la cuestión planteada y, por el contrario, puede afirmar que el hecho en sí cierto, auténtico, es que *el niño es francamente antisocial*. Este *anti* no expresa, en modo alguno, oposición irreductible a la vida en común, como espíritus suspicaces y ligeros podrían suponer, sino que significa solamente resistencia constante a su inmersión en la vida social; resistencia vencida, en parte, por el determinismo —no te asustes, lector, del término empleado— que la misma existencia impone. Esto se explica porque el *hecho* de vivir le obliga, en circunstancias y condiciones normales, a comportarse con arreglo al conjunto. Resultando así que el contraste que indicábamos antes de las dos inclinaciones opuestas —individual y social— era más aparente que real, creado por una psicología superficial nada independiente, sino ligada y sometida al mito de la *sociabilidad humana*.

Hasta la fecha nadie había visto claro ni sospechado siquiera la verdad desconcertante que entraña nuestra afirmación. Ciertamente tal error milenario y unánime tiene, por otra parte, justificado fundamento, y es, en cierto modo disculpable. Advenimos al mundo en un medio ambiente de condicionada y mutua *convivencia*, en el cual crecemos y nos desenvolvemos. Esta limitación social que encontramos a nuestro desenvolvimiento proyecta sobre la mente la imagen aparen-

¿ES EL NIÑO NATURALMENTE SOCIABLE?

temente verídica de la sociabilidad, tan natural por habituada que ha sido la causa de la inhibición del pensamiento crítico orientado en esta dirección. Así, la plena y rotunda aceptación de esta imagen virtual como real, es algo que no podía eludirse sino a fuerza de la evasión del círculo del prejuicio, y del situarse frente al hecho escueto, limpio el observador de todo dogmatismo psicológico. Como esta posición no ha sido adoptada se admitía un primer principio, elevado, por tanto, a ley general, completamente falso, y cuya aclaración urge, a toda costa, dilucidar.

Todo hecho o fenómeno, cualquiera que sea, nos es dado inmediatamente. Ahora bien, el objeto dado lo es, simplemente, sólo y cuando penetramos en su esencia y lo intuimos con meridiana claridad. Cuando esto no ocurre nuestra posición ante él tiene todos los caracteres de un estar incorrecto, impotente e ingenuo. Aquél queda inaprehendido por cualquiera de estas tres causas, obscuro y velado para el sujeto. Pero como éste, aun en neta posición inquiridora y con aptitud de captación, puede situarse —y se sitúa de hecho— en uno de los múltiples planos desde los cuales puede el objeto ser aprehendido, sucede a menudo que aquel darse del objeto es, en su intimidad, incompleto en mayor o menor grado. Podríamos decir que siempre es incompleto; a ello conduce la limitación de nuestras percepciones y de nuestra inteligencia. Por otra parte, si, como en este caso acaece, descuidamos nuestra posición de alerta ante un hecho espontáneo y repetido, vivido por nosotros en su aparente realidad desde nuestra

irrupción en el mundo, lo aceptamos sin más tal y como se nos presenta, sin buscar, ni menos intuir, el "milagro" de *su ser así*. Tal ha ocurrido con el vivir en sociedad. Nos hemos encontrado con que los seres humanos viven reunidos —al menos aparentialmente, pues que muchas veces viven "aislados" — y relacionados entre sí, y ante esto nos hemos conformado con el mero *tener* del hecho social. Pero conformarse con el mero *tener* no implica otra cosa que apropiarnos de la simple noción de su existencia, de su "realidad" más o menos ficticia. Ahora bien; esta simple noción ¿es suficiente elemento de juicio para afirmar que en la *estructura* del alma humana entra a formar parte el sentimiento de *sociabilidad*, y que dicha estructura le impele naturalmente a la vida en común? ¿Es el sentimiento de comunidad una cualidad del espíritu humano? La respuesta es obvia. Para vivir en sociedad no es preciso poseer tendencias sociales. Bástale ser adaptable a estos fines. Porque ésta es la característica primordial y más acusada del hombre: su capacidad de hábito, de adaptación al medio.

Ha ocurrido, pues, por el contrario, que esta capacidad de adaptación se ha tomado por la íntima y esencial estructura del espíritu humano, que ha encontrado su propio modo de expresión en las relaciones sociales, en el vivir en comunidad. Como dicha adaptación se presenta desde que el niño empieza a tener conciencia de sí mismo, en este mero tener de los hechos se ha tomado la apariencia por realidad. Pero así el saber no es un *saber conseguido*, es un *saber regalado*. Porque la aprehensión queda por tal modo muellemente recostada